

Retornar, postergar, recuperar: la comunidad de “exiliados opcionados” en Alemania Federal ante el desafío del retorno

Jonas Kalmbach ¹

Resumen

La presente ponencia busca aproximarse a las decisiones con que las familias exiliadas en Alemania Federal entre 1974 y 1983, resolvieron la cuestión del retorno abierta por la crisis del régimen militar. Para esto diferenciaremos las sucesivas etapas de la emigración política argentina hacia el país germano, haciendo foco en la experiencia de los llamados exiliados “opcionados”: familias de presos y presas políticas que recibieron asilo luego de haber atravesado distintas fases de la cadena represiva. A continuación, analizaremos distintas estrategias con que este grupo de exiliados y exiliadas resolvieron el nuevo desafío migratorio abierto por la posibilidad de volver a la Argentina o establecer nuevos proyectos en el país de destino, así como los sentidos con que fueron asumidas las alternativas. Para esto debemos contemplar la singularidad que impone al exilio-retorno, y a las memorias como elemento constitutivo de la identidad, los factores de género, etnia y el factor socio-cultural. Por último, debemos considerar qué significado tuvo retornar o no en la vida de los hijos e hijas de familias exiliadas, dejando abierta la posibilidad de pensar en las construcciones identitarias post-exiliares.

¹ Licenciado en Sociología por la Universidad Nacional del Comahue. Integra como becario el grupo de investigación sobre “Identidades, exilios y democracias: el caso de los exiliados argentinos de la última dictadura en la Norpatagonia” (UNCO). - jokalmbach@gmail.com

Retornar, postergar, recuperar: la comunidad de “exiliados opcionados” en Alemania Federal ante el desafío del retorno

Dentro de la dinámica general del exilio argentino y, en general de los exilios sudamericanos, el ingreso de perseguidos políticos hacia Alemania Federal constituye un caso minoritario, que adquirió visibilidad de una manera tardía a través de los programas de asilo para presas y presos políticos habilitados hacia fines de 1978.

A diferencia de la condena que suscitó el golpe militar en Chile o la solidaridad con la Revolución Nicaragüense, la noticia del golpe militar en la Argentina fue recibida con una mezcla de alivio y adhesión entre las elites políticas y económicas en la República Federal de Alemania, y de confusión y vigilancia crítica en la opinión pública de aquel país. Incluso las fuerzas políticas de la Alemania socialista observaban a la Junta militar como una “dictadura no tan sangrienta” (Krüger, 2007).

Mientras algunos Estados europeos participaron tempranamente de los programas de visado humanitario, que Alemania Federal se haya convertido en un destino para los exiliados argentinos antes de 1978, dependió principalmente del entramado transnacional conformado por los organismos de ayuda a los refugiados en el Cono Sur, y la existencia de un movimiento estudiantil solidarizado con las causas del llamado “Tercer Mundo”. Se tuvo que esperar un acontecimiento tan mediático como la Copa Mundial de Fútbol de 1978, para que los sectores más movilizados dieran a conocer el carácter sistemático de la represión clandestina y que las memorias antifascistas europeas fueran movilizadas para correr el foco de la agenda pública hacia la responsabilidad de la cancillería alemana en sostener al régimen militar y alcanzar, como saldo de este conflicto público, que Alemania Federal negociara una “cuota” de 500 presos políticos que podrían ingresar en calidad de asilados.

A continuación buscamos reconstruir las modalidades bajo las cuales se desarrolló el exilio argentino hacia Alemania Occidental entre 1974 y 1983, describiendo el pasaje desde las primeras redes de exiliados articuladas de manera *ad hoc* y aprovechando los recursos del movimiento ecuménico internacional, hasta la formación de un amplio movimiento de solidaridad en el país germano. La fuerza pública que adquirió este movimiento generó las condiciones para el asilo de los llamados “opcionados”: presos políticos a los que el Estado militar concedió el “derecho de salida” hacia la segunda mitad del ciclo dictatorial. Buscaremos analizar la experiencia subjetiva e intersubjetiva hecha por este segundo contingente en el exilio, dentro de un entramado del que participaron los activistas alemanes que hicieron posible

esta vía de supervivencia. En particular, nos interesa identificar las estrategias con que este grupo resolvió el nuevo desafío migratorio abierto por la posibilidad de volver a la Argentina, así como los sentidos con que fueron asumidas las alternativas. Para esto debemos contemplar la singularidad que impone al exilio-retorno, y a las construcciones de memorias, los factores de género, etnia y el factor socio-cultural.

Las etapas del exilio argentino hacia Alemania

Los primeros antecedentes de la emigración política hacia Alemania se encuentran en la salida de científicos, intelectuales y artistas a partir de los años cuarenta, dentro de un movimiento más amplio de emigración donde resulta difícil separar las motivaciones políticas de las económicas pero que hacia 1970 fue adquiriendo cada vez más la forma de una migración forzada, caracterizada por la amenaza de la violencia y la inmediatez de la salida.

Es sabido que el exilio argentino entre 1973 y 1983 no puede ser pensado de manera aislada de los demás exilios en el Cono Sur, y en particular el exilio chileno. Antes del golpe militar chileno, en Alemania Federal surgieron los primeros comités chilenos que luego se fueron multiplicando tanto a nivel nacional como internacional. Estas energías de protesta, acciones colectivas y articulaciones internacionales actuaron como un antecedente valioso que permitió reproducir dichas vías de solidaridad con los primeros exiliados argentinos.

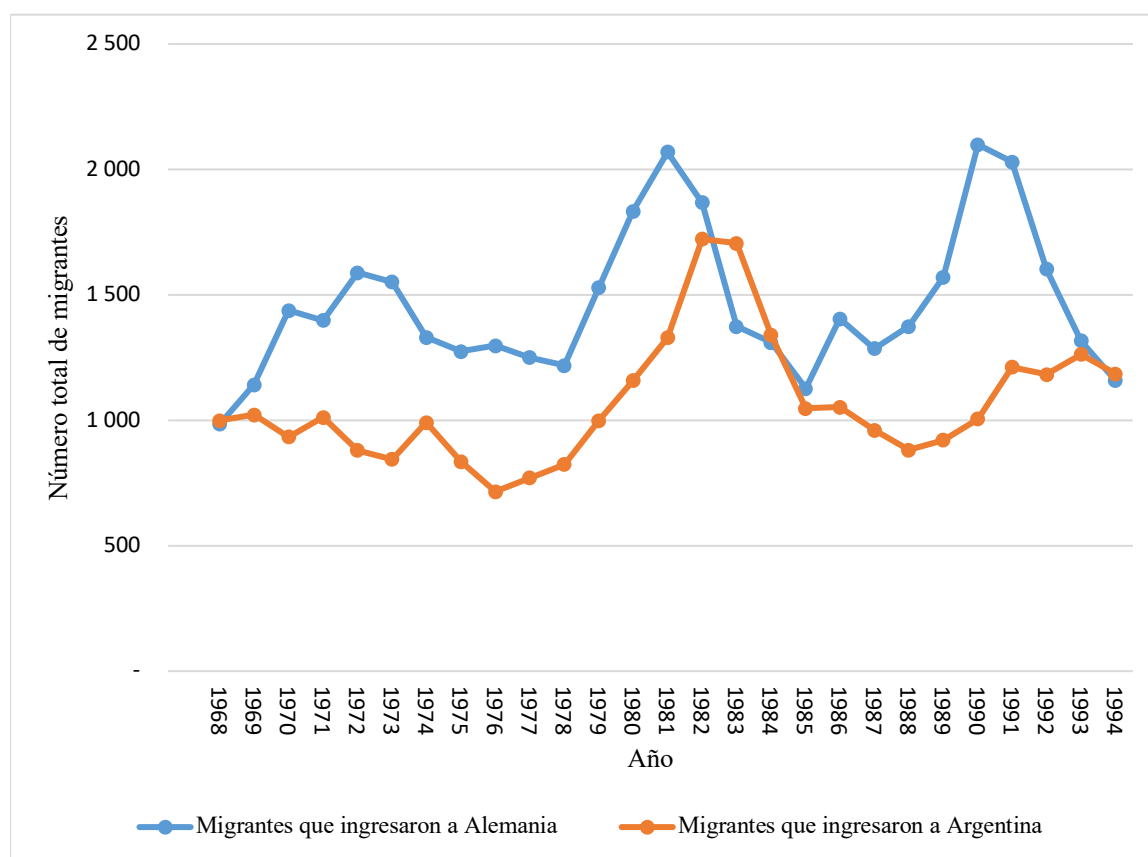
En esta etapa el exilio se desarrolló de una manera subrepticia e imperceptible, en sintonía con el desarrollo general del exilio argentino que comenzó como una emigración “a cuenta gotas”. Una de estas vías fue habilitada por las redes de exilio y de ayuda a los refugiados trazadas por los organismos transnacionales de derechos humanos.

Dentro de esta fase también debemos mencionar a todos aquellos exiliados que pudieron hacer uso de la ciudadanía alemana para salir del país de una manera legal. Aquí despunta el caso de exiliados judío-alemanes que pudieron recuperar la ciudadanía alemana de la que fueron despojados (en virtud del régimen *ius sanguinis* de pertenencia nacional), y ahora volvían a verse confrontados a un aparato y una ideología represivos.

Ahora bien, en el relato de los exiliados que llegaron a Alemania, el Mundial de Fútbol de 1978 marca el inicio de una nueva etapa en la cadena represiva. Para la juventud alemana solidarizada con el “Tercer Mundo”, este evento señala el pico de una nueva ola de movilización, otorgándole un status público al problema de la relación de los actores políticos y económicos alemanes con la dictadura. Una de las conquistas inmediatas de la movilización fue la negociación bilateral de una cuota de asilo hasta 500 presos políticos argentinos, que pudieran

solicitar la “opción de salida” ante la embajada de Alemania Federal.² Las estadísticas de los flujos migratorios entre Argentina y Alemania Federal, reflejan cómo a partir de 1979 hubo un incremento significativo de migrantes argentinos que cruzaron la frontera hacia el país germano: si en 1978 el número apenas llegaba a 1219, cuatro años después y hacia el final de la dictadura, la cifra se duplicó a 2069 personas procedentes de Argentina. Hasta 1982 el número de migrantes desde Argentina hacia Alemania Federal excedía el número de quienes ingresaban a la Argentina desde Alemania Federal. Sin embargo, a partir de 1983 esta tendencia se fue invirtiendo: aquel año 1374 personas migraron hacia Alemania Federal, frente a 1706 personas que ingresaron a la Argentina desde el país germano —aumentando además la proporción de ciudadanos no alemanes: 1260 del total—.

Comparación de los flujos migratorios entre la República Argentina y la República Federal de Alemania entre 1968-1994



Fuente: Ministerio Nacional de Estadísticas de Alemania (elaboración propia).

² El “derecho de opción” para salir del país está contemplado en el artículo 23 de la Constitución Nacional Argentina. Como señala Jensen (2019), desde la declaración del estado de sitio el 6 de Noviembre de 1974 este derecho constitucional fue sometido a múltiples restricciones.

Los exiliados-asilados

Entre 1978 y 1981 un número importante entre los emigrados argentinos fueron ex presos y presas que recibieron asilo político en Alemania Federal, junto a sus familias. En este caso, el exilio fue la última etapa dentro del circuito represivo que había implicado la detención ilegal o el secuestro clandestino, la desaparición en centros de tortura y exterminio, el “blanqueo” como presos a disposición de uno de los poderes del Estado y la estancia por tiempo indeterminado en distintas cárceles provinciales.

La opción de salida era una de las tres posibilidades que tenían las y los presos políticos para salir de la cárcel, junto a la libertad condicionada y la deportación. Sin embargo, según los análisis hechos por Virginia M. Pisarello (2014) en la cárcel de Coronda (Santa Fe), mientras los que regresaban a sus pagos solían pertenecer a los sectores populares rurales, y la deportación solía afectar a los extranjeros latinoamericanos, la posibilidad de solicitar el derecho de opción expresó una “estrategia de clase” por parte de personas jóvenes de clase media urbana.

Esta generalización es válida para el exilio alemán a condición de señalar la heterogeneidad de condiciones socioculturales del contingente de opcionados. Este incluía jóvenes de sectores populares trabajadores y primera generación de estudiantes universitarios, hasta profesionales liberales integrados a las elites provinciales; sin embargo, todos militaban en centros de estudiantes, partidos de izquierda, asociaciones de abogados y sindicatos con un alto nivel de formación intelectual, integrados a los entramados militantes urbanos de cada región (Formosa, Catamarca, Santiago del Estero, Santa Fe, Neuquén y Río Negro).

Los primeros asilados llegaron a distintas regiones de Alemania Federal en virtud de una política migratoria tendiente a distribuir a los refugiados entre las comunidades municipales, y especialmente aquellas donde se concentraban los grupos de solidaridad más activos. Estos grupos estaban integrados por estudiantes universitarios, maestras, docentes, abogados, pastores, sindicalistas, periodistas, provenientes del anarquismo, la socialdemocracia, el movimiento pacifista y ambientalista de “Los Verdes”, la izquierda cristiana y Amnistía Internacional.

Retornar, recuperar y postergar

Fuertemente contenidos por los grupos de recepción, se desarrollaron historias de vida singulares que dependieron de cómo fue resuelto el desequilibrio entre las expectativas de retornar y las gratificaciones materiales y emocionales que ofrecía la adaptación a los

entramados locales. ¿Cuánto de la propia identidad personal, social y política pudo recrearse a través de los vínculos en el país receptor?

Si bien el retorno era anhelado por muchos exiliados como el momento que pondría fin a una larga espera en el país de destino para retomar la vida dejada atrás, varias autoras señalan la importancia de analizarlo en términos de un nuevo proceso migratorio de regreso a una realidad transformada. En este sentido, siguiendo el análisis de Margarita Del Olmo Pintado (1999) sobre la comunidad de exiliados argentinos en España, tanto la decisión de *regresar* como la decisión de *permanecer* en el país de destino implicó dar el paso —consciente o inconsciente— desde la situación de exilio a la situación de migración; entendiendo por migración la necesidad de concebir un nuevo proyecto de vida y, para ello, adaptarse a las instituciones extranjeras, o bien a las instituciones transformadas en el país de origen.

Pocas veces el desafío de retornar era asumido subjetivamente como una nueva situación de migración. Para el caso de la comunidad exiliar de México, Soledad Lastra analiza la ruptura en los “marcos interpretativos” del exilio y del retorno, que produjo el regreso a la Argentina. Si inicialmente el retorno era interpretado como el final de una larga *espera*, la hostilidad, incompreensión o simplemente las transformaciones vivenciadas en el plano familiar, político o espacial al momento de regresar, implicaron una recodificación de la experiencia. Si bien surgieron diversos sentidos a través de los cuales cada persona podía significar estos cambios imprevistos, predominó la clave del *desencanto* como encuadre colectivo del retorno (Lastra, 2013). En este punto nos preguntamos si los marcos interpretativos de las personas exiliadas en Ulm siguieron los mismos derroteros. ¿Qué expectativas, qué condicionantes materiales y qué reflexiones configuraron su experiencia de exilio-retorno? A grandes rasgos, pudimos distinguir tres experiencias de exilio-retorno, que se diferencian tanto por las condiciones materiales de cada caso, como por los sentidos subjetivos con que fueron vivenciadas.

Retornar

Para una parte del exilio argentino el llamado a elecciones implicó la planificación del retorno que, generalmente, se concretó pocos años después —hacia mediados de 1980—. Entre ellos se encontraban Gladis y su esposo.

Gladis nació en la ciudad de Cipolletti (Río Negro). Su familia provenía del interior de Neuquén y migró hacia el Alto Valle de Río Negro en la década de 1960, en el marco de una acelerada urbanización y expansión de la agroindustria. Su abuelo nació en España y llegó al país huyendo del mandato de ser cura, mientras su abuela oriunda de la zona cordillerana era de origen mapuche —un aspecto de la historia familiar que Gladis recuperará a partir del exilio—. Si bien

su padre era de tradición peronista y anticlerical, Gladis comenzó a militar en la *Acción Católica* y —como muchos otros jóvenes— siguió el mandato de “ir hacia el pueblo”. Sin embargo, otros discursos y experiencias afines ganaban en plausibilidad. Hacia 1970, Gladis ingresó a la carrera de Servicio Social de la UNCo, como estudiante y trabajadora no docente. Allí atravesó un proceso de redefinición ideológica e inició su militancia en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), de orientación trotskista y cuyo brazo armado fue el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

Hacia 1975, también la Norpatagonia comenzó a sufrir la creciente injerencia militar. Durante el segundo gran operativo militar llevado a cabo en junio de 1976 con el objetivo de dismantelar células del PRT/ERP, Gladis —que entonces tenía 24 años— fue citada y luego detenida ilegalmente por la policía, secuestrada junto a otras 31 personas y llevada a un campo de torturas en Bahía Blanca. Durante ese período estuvo a merced de la maquinaria aniquiladora confeccionada por los militares, hasta que, junto a otras detenidas, quedó a Disposición del PEN y pasó la mayor parte de los próximos tres años como presa política en la cárcel de Villa Devoto. La cárcel es un tópico de mucha densidad sentimental en su narrativa, en cuanto espacio *habitado* por las presas que gestaron una agencia colectiva, más allá de las restricciones castrenses impuestas. Al describir cómo se sentía partiendo hacia el exilio afirma: “Es como si me arrancaran el corazón... uno establece unos vínculos tan fuertes que son como mis hermanas”.

Gracias a las gestiones de su madre ante la embajada de Alemania Federal, Gladis recibió asilo político en aquel país. En agosto de 1979 fue la partida desde un ambiente hostil pero compartido con otras presas políticas, hacia un destino extraño y una situación incierta.

En Alemania Federal, Gladis fue recibida por una pareja de activistas, de la región de Ulm:

“Yo fui a su casa y dijeron: “ésta es tu casa”. Ese cambio fue muy fuerte porque la casa de mis padres era una casa humilde hecha de ladrillo, pero por las manos de mi padre. Y allá tenía el lavarropas, ¡era una casa de la burguesía para mí! Era una casa normal, a la que todo el mundo tiene derecho. Pero acá nos estaba vedado. Y entonces que nos dijeran “ésta es tu casa”, era mucho. ¡Y ni les cuento cuando vi que tenían toda la colección de Inti Illimani, de Quilapayún, Víctor Jara y música clásica! Con lo que les costó a mis padres tener la heladera que era lo más moderno (risas)”.³

³ Serie de entrevistas realizada por Cristina G. Vázquez y Jonas Kalmbach en Neuquén capital, entre marzo y septiembre de 2019

En general, los exiliados en Alemania tuvieron que confrontar una realidad cultural e idiomática absolutamente nueva. Pero además, el exilio implicó conocer una cultura en la que la industria del consumo de masas se encontraba en auge, en un círculo de referencia integrado, en gran medida, por personas con una trayectoria estable de clase media profesional.

El extrañamiento y la distancia social, el desarraigo emocional, político y profesional que implicaron años de cárcel y exilio fueron amortiguados por el grupo de recepción que le brindó una base socio-afectiva de integración y la acompañó en diversas gestiones ante el Estado. Los alemanes implicados en la recepción estaban familiarizados con la cultura de protesta latinoamericana y este factor constituyó un medio de entendimiento y reconocimiento mutuo. Integrados al entramado social preexistente de los activistas, éste ofreció el principal núcleo de las nuevas relaciones de interdependencia en el contexto extranjero.

Pronto el número de personas exiliadas y sus familias fue creciendo. También Gladis pudo recibir a su novio Antonio, del que había estado separada desde el secuestro y con el que contrajo matrimonio en Alemania.

Para Gladis, pese al nivel extraordinario de contención que fue fundamental para garantizar su supervivencia personal, Alemania nunca se convirtió en un destino permanente ni dejó de asociarse a las percepciones de una migración forzada:

“Cuando llegué acá quedé embarazada. Intentamos allá de todas formas. Fui a muchos médicos y un homeópata me preguntó cómo me sentía yo en ese país. Y yo le dije que bien, pero que extrañaba porque no era mí país. Y dice: disculpe la comparación, pero los elefantes en cautiverio... no tienen hijos”.

Esta analogía entre migración forzada y cautiverio pudo haber sido una experiencia común, en países de recepción a los que puede calificarse de “extraños” desde el punto de vista cultural y lingüístico. El idioma podía resultar una barrera infranqueable, especialmente para quienes no tenían expectativas de permanecer en el país o no disponían del capital cultural que facilitara ese aprendizaje. Para Gladis, el exilio constituye un *hueco* en la experiencia de vida: “hay un *hueco*, hay una parte de la historia que no viviste en tu país. Yo perdí la parte de la escuela, yo era maestra de grado, y a mí me gustaba ese trabajo...”. Los años de exilio son una prolongación del alejamiento biográfico que inicia como un corte brutal en la tortura. Al mismo tiempo que el exilio es salvación, también cementa la pérdida, lo irrecuperable (las amigas desaparecidas, la profesión, las experiencias).

Al regresar Gladis y Antonio buscaron establecerse en Santiago del Estero junto a otra familia del exilio y a través de un proyecto social financiado por el *Servicio de Desarrollo Alemán*.

Esta decisión expresa un deseo de cercanía con las personas con las que se habían compartido ideales y experiencias políticas y la dificultad de retornar hacia una espacialidad marcada por la ausencia de las compañeras. Sin embargo, las condiciones económicas en el país obligaron a retornar hacia la Patagonia: un “mundo de la vida” que había sido derruido y en el que fue necesario reinventarse plano por plano. Sobre todo en los primeros años, el centro de gravedad de este proceso fue el universo familiar y laboral.

El exilio como un “hueco” ya no solo señala una *espera* como clave de la experiencia exilar (Lastra, 2013), sino también la imposibilidad de *retomar* el pasado tal cual se había dejado atrás y la necesidad de reinterpretar la propia posición en el nuevo contexto y en diversos planos — el familiar, el laboral, el socioeconómico y político—. Las posibilidades limitadas en el contexto de exilio y la pérdida de la territorialidad militante universitaria antes de la represión, habilitaron un cambio de equilibrio en la tensión de expectativas abiertas por la militancia juvenil —entre la transformación de la subjetividad y la reproducción de lo tradicional— que facilitó la adaptación a la sociedad de retorno, más como madre-esposa-trabajadora que como exiliada. Implicó, incluso, una cierta resignación de la utopía, es decir, a que la historia como devenir de la Humanidad —el presente y el futuro— se tornen intelectualmente transparentes para la actividad política: “Ahora no tengo la receta. Yo creo que falta mucho para un cambio... *me siento un poco desubicada en la historia*, pero creo que hay que apoyar a todas las ideas progresistas” (el subrayado es nuestro). Esto no significó resignar el activismo político sino plegarlo sobre la violencia colectiva experimentada. Hoy, Gladis es una de las principales referentes de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos de Neuquén, y participa de diversos espacios de militancia que convocan a víctimas de la dictadura de todo el país (como el grupo de “ex presas de Villa Devoto”).

Recuperar

También para la familia Martínez, proveniente de Catamarca, el retorno era una decisión ya tomada.⁴ La migración forzada de esta familia nos permite analizar cómo el exilio fue experimentado de maneras muy diversas por padres e hijos, pero también de manera singular dentro de cada generación, según factores de género y de clase.

La familia Martínez pertenece a la clase media-alta profesional, con renombre en la capital provincial, San Fernando del Valle de Catamarca, e históricamente cercana a las élites políticas

⁴ Recuperamos este caso a través del testimonio de Guillermo, hijo menor de la familia Martínez que compartió el exilio en Ulm junto a Gladis y otros exiliados.

de la provincia. Para esta familia, el golpe militar tuvo repercusiones trágicas en varias generaciones. Abogado, peronista y militante en el Frente de Izquierda Popular, Roberto Díaz Martínez había integrado un grupo de abogados defensores de presos políticos—entre ellos Luis Duhalde y Silvio Frondizi—. Cuando fueron decretadas las leyes de sitio, este grupo fue disuelto. Roberto, su esposa e hijos debieron ocultarse en varias provincias: en este período nació el segundo hijo, Guillermo Martínez. En 1978, Roberto fue detenido ilegalmente y estuvo preso a disposición del PEN durante casi dos años, hasta que su esposa logró solicitar el asilo político ante la embajada de Alemania y, en 1980, la familia fue integrada al grupo de exiliados en Ulm.

Más allá de la indeterminación temporal, también en este caso el exilio fue experimentado con la esperanza del retorno inminente. Para sus padres, la estadía en Alemania tenía un sentido pasajero y, aun así, ambos lo asumieron de manera diferencial. Como señala Guillermo:

“No eran los más jóvenes. Era una cuestión medio atípica, porque ellos se fueron a los 38 años. Con dos chicos chicos. Y el exilio, a mi padre, lo afectó muchísimo en su ánimo. Estuvo mucho tiempo en depresión allá... La verdad es que la cultura, la comida... fue todo muy de golpe. Él tenía la vida resuelta acá. Tenía un estudio jurídico que era su profesión y siempre en la actividad privada; ganaba muy bien económicamente. Trabajaba muchísimo, y encima vinculado con la política. ¡De golpe verse así! Mi mamá, aparte de abogada, se había recibido en la Alianza Francesa como profesora. Entonces, enseñaba francés y castellano en un instituto al que nos acercaron. Bueno, mi mamá, al contrario de mi padre, era el sostén, era la alegría, había que empujar y seguir para adelante”.⁵

Para su padre, la libertad significó una cotidianidad extranjera, tanto en términos culturales como por la imposibilidad de actualizar la propia identidad profesional y política en Ulm. Mientras que la madre de Guillermo continuó siendo el sostén económico, emocional y social en el nuevo contexto por el que estaban obligados a transitar, Roberto Martínez volcó sus energías políticas a las redes del sindicalismo peronista en el exilio, como espacio en el cual reactualizar el status perdido:

“Como mi padre tenía mucho contacto con sindicalistas exiliados, en cada reunión de solidaridad internacional, en Francia, mi papá era invitado... hubo reuniones donde se juntaban a comer empanadas con Cacho Malcari, en París. La gente del peronismo que viajaba se reunía

⁵ Entrevista realizada el 3 de octubre de 2019 por J. Kalmbach, C. García Vázquez y A. Saal, en San Fernando del Valle de Catamarca.

con mi padre: Vicente Santo, estaba Raimundo Ongaro, Richondo del Cari, Vicente Saadi. Mi padre tenía más vínculos en [otros países de] Europa, que dentro de Alemania, porque en Alemania era como que se dividían”.

Esta experiencia fue habilitada por una pertenencia política, socio-cultural y de género que no podemos soslayar al comparar trayectorias. En cierto sentido, para el padre de Guillermo, el exilio era Ulm: “comenzar de cero”, el anonimato, los pequeños actos de adaptación a la vida cotidiana de una cultura extranjera. La localización laboral y política en un contexto ajeno implicaba —como primer dato de la percepción— un desarraigo del propio “nombre”, del capital simbólico disponible. De allí, la afirmación tan corriente según la cual el exilio fue peor que el flagelo carcelario: en alguna medida, la cárcel era una extensión de la territorialidad política, en la que existía un componente comunitario y un reconocimiento de status. Las redes del sindicalismo eran una línea de fuga, más o menos privilegiada. Los nombres reconocidos de la esfera política argentina aluden a un capital simbólico y social que restituyó el status social del padre de Guillermo en el exilio. Traídos al relato —como parte de una autonarrativa biográfica— estos nombres instituyen un capital simbólico heredado de padre a hijo, en el marco de la misma profesión y del mismo linaje político.

En este punto debemos agregar un factor intergeneracional a la trama del exilio. Para Guillermo, la estadía en Alemania fue el entorno de su socialización primaria, su primer “mundo social”: los primeros amigos, la experiencia escolar, la primera lengua. En cambio para su hermano —siete años mayor— la clandestinidad, el viaje a Alemania así como el retorno a la Argentina fueron un período de continuos cortes culturales, idiomáticos y afectivos, con una mayor percepción del sufrimiento familiar: “yo me pude vincular con los alemanes como un alemán más. Después, mi hermano logra eso también. Cuando logra eso tenemos que volver”.

La familia decidió regresar en 1984, apenas asumido Alfonsín. En cierto sentido, a diferencia de la experiencia hecha por Gladis y Antonio —que en los primeros años de retorno tuvieron que capear un contexto de recesión económica— y otras exiliadas y exiliados que decidieron permanecer en Alemania por razones laborales, este regreso estaba acompañado por la garantía o promesa de una reinserción rápida en las condiciones profesionales y políticas que fueron truncadas en 1974:

“Los dos eran abogados, tenían vínculos con el peronismo, el peronismo estaba gobernando en Santa Fe, en Catamarca. Tenían familiares en Catamarca que les habían dicho: les conseguimos para que ustedes puedan trabajar. Nosotros llegamos a Santa Fe, mi papá comenzó a trabajar como abogado y a mi mamá la nombraron Juez de Paz”.

Para los padres el regreso implicó recuperar una posición, e incluso es posible pensar la pronta reintegración a los entramados socio-políticos de la provincia —y del país— como una forma de reparación simbólica y material. Desde entonces, la posición recuperada y las trayectorias en cada generación no dejaron de estar atravesadas por las tragedias concatenadas que causó el terrorismo de Estado. Para Guillermo, adquiere también un significado ambiguo, inconcluso, una posibilidad truncada, un origen al que sólo podrá retornar con nostalgia. De hecho, continúa visitando a los argentinos que permanecieron en Ulm y a los amigos de la infancia. Sin embargo, su trayectoria profesional, política y familiar continuó los derroteros del linaje familiar. Luego de estudiar Abogacía y ejercer en la misma oficina familiar de la capital norteña, Guillermo fundó la Comisión de Derechos Humanos del Colegio de Abogados de Catamarca y, a principios del nuevo siglo, comenzó a ejercer como abogado en los Juicios de Lesa Humanidad de Catamarca y La Rioja. En cierto sentido, la tragedia y el nombre familiar pudieron ser reciclados como un capital político en el nuevo contexto de significación abierto luego de la crisis institucional de 2001.

Regresar como extranjero

Doristeo James forma parte de aquellos exiliados que sopesaron cuidadosamente la posibilidad de retornar a la Argentina luego de la dictadura, pero finalmente decidieron seguir apostando a los vínculos formados en el país receptor. En el centro de esta otra autonarrativa se encuentra la disposición a la adaptación cultural y un entendimiento de sí mismo como un militante permanente, dúctil y con un compromiso translocal y universalista.

Doristeo proviene de Santiago del Estero. Para cuando se inició el estado de sitio se encontraba en la capital provincial trabajando como obrero, como integrante de la rama peronista de izquierda dentro del Sindicato del Mosaico: “Era un sindicato pequeño pero al mismo tiempo con gente políticamente bien preparada, como el sindicato de Prensa, más que el de la Construcción que es más masivo”.⁶ En el contexto de las purgas internas, fue denunciado como subversivo, detenido ilegalmente y, luego de unas semanas, oficializado como preso a disposición del PEN. La llegada del golpe militar y la suspensión definitiva de los derechos políticos significaron cinco años más de cárcel. La posibilidad del asilo político fue azarosa y dependió de las gestiones realizadas por la madre de un compañero de cárcel; de hecho, luego de la entrevista con un enviado de la embajada alemana aún pasarían dos años hasta la salida efectiva, en junio de 1980.

⁶ Entrevista realizada el 13 de enero de 2020, por Jonas Kalmbach y Grecia Roldan, en Berlín.

A diferencia de los primeros exiliados que llegaron a Ulm y fueron recibidos por un núcleo de alemanes auto-convocados y predispuestos a recibir en sus propias casas a los primeros asilados, Doristeo arriba al Berlín de los años ochenta donde ya existía una comunidad de inmigrantes argentinos, muchos de los cuales habían encontrado refugio durante los primeros años de la dictadura. Así, Doristeo fue recibido por una familia de argentinos de origen judío-alemán y, a través de ella, ingresó rápidamente a las redes de la militancia local. De hecho, en los primeros dos años de exilio Doristeo participó de varios espacios proto-partidarios y, en varias ocasiones, integró las “brigadas internacionales” que viajaban a la Nicaragua Sandinista como una forma de Ayuda para el Desarrollo:

“Muchos alemanes fueron a trabajar, a hacer actividades *ad honorem*, a las cuales yo me sumé. Es como una ola, un movimiento político al cual vos te incorporás, te sumás o no. Eso depende de cada uno. Y como ya dije anteriormente: yo soy político prácticamente desde que nació. Antes de que naciera también, porque mi madre me llevaba a los mítines políticos cuando estaba embarazada. O sea que ya fui activista político antes de nacer... Entonces siempre estás mirando, buscando qué puedes hacer”.

Estos viajes, lejos de ser un retorno nostálgico a la realidad social y política latinoamericana, familiarizaron a Doristeo con el internacionalismo característico del universo de militancia alemán de posguerra y le permitió reactualizar su identidad. Aún en la ciudad de Berlín, caldeada por la Guerra Fría, el clima de liberalismo en que se ejercía la crítica y el debate constituía una experiencia novedosa por contraste con las violentas internas sindicales, la represión del Estado y la autocensura que había experimentado durante su militancia sindical:

“Un poco caótico, de poco compromiso, entonces ese ambiente me gustó... Abierto, puedes decir lo que piensas, nadie te va a censurar. Aquí la única censura era que no abras la boca. O sea, si abres la boca: ¡“ah que bien”! no tenías que ocultar nada. Y también el movimiento autónomo, o sea, como dice la palabra: tú eres, no es el partido, no es la organización, sino tú. Esto quiere decir que políticamente eres libre. Y, cuando hay alguna actividad política, o una demostración o un movimiento social se hace todo por asamblea”.

Como vemos, Doristeo adoptó como una valoración positiva algunas de las características del *ethos* militante hegemónico de los 70 y 80, caracterizado por su carácter auto-convocado, la democracia de base, el eclecticismo. Doristeo fue internalizando positivamente esta otra cultura política, lo que le permitió adaptarse a las acciones de militancia que le era posible desarrollar

en este otro contexto: una nueva izquierda que se iba vaciando de contenido clasista, ganando en perspectiva global, impulsos democráticos y micropolíticos.

Ahora bien, narrativamente, la decisión de permanecer o retornar aparece primero bajo consideraciones de peso político. Al retornar en los primeros meses de la democracia, el espacio de militancia le resultó extraño y ajeno. Desde su óptica, el foco del compromiso se había vuelto localista a despecho de una perspectiva de análisis más global:

“Cuando yo llegué aquí no era nada nuevo pensar en estas dimensiones. Pero cuando volví a la Argentina vi que los compañeros, esos que estaban conmigo en la cárcel o que conocí de antes, de golpe solo pensaban en la política barrial. O sea, cómo hacer una canaleta, cómo poner un... no sé”.

Tras cinco años de cárcel y varios de destierro, Doristeo se había adaptado a una nueva cultura política, lo que reforzó la experiencia del “desencanto” provocado por el encuentro de un panorama político transformado. De pronto, retornó en un contexto en el que la militancia se inscribía en un proceso de reterritorialización y recomposición de los conflictos sociales al ritmo de las transformaciones estructurales de la economía y bajo un nuevo régimen político. Sin embargo, este “desencantamiento” del retorno también abarcó al plano familiar: Doristeo resultó ser un extraño en su tierra natal. Como exiliado formaba parte de aquellos hechos, personas, ideas y crímenes del pasado inmediato con el que nadie buscaba confrontarse y que se buscó conjurar con cuentos y fábulas:

“En Argentina, la primera vez que fui era como un manto de silencio. Nadie hablaba del tema. Cualquiera hablaba del tiempo, de que el trabajo está un poco duro. Pero en todo caso yo era para ellos... un *fantasma*. *Alguien que viene de la nada y aparece de golpe*: Yo pensé que estaba desaparecido. No me vieron [durante] cinco... o siete años. Se imaginaron que... entonces, en el barrio nadie hablaba porque hablar de mí era hablar de un tipo peligroso que se comía a los niños vivos. Y de golpe te ven llegar: “¡Llegó el fantasma, llegó aquí!” Entonces todo el mundo se hace a un lado. Pero eso pasó en Alemania también. Me contaron que cuando terminó la guerra, mucha gente que pensaban que estaba muerta y de golpe apareció, con un brazo menos...” (el subrayado es nuestro)

El desplazamiento de la narrativa popular sobre los acontecimientos del pasado que involucraron a los propios, es quizás una forma particular de memoria. El fantasma es un ser que, en su carácter extraño, irrumpe en la realidad del presente. Reminiscencia de otra

dimensión temporal, un más allá de noticias, experiencias, miedos que se ha enterrado, mitificado y desplazado con fábulas.

Bajo estas condiciones, promediando los 30 años de edad, la posibilidad real de recrear una vida material, emocional y política en Berlín, luego de regresar como un extraño a una tierra extraña, adquirió un peso decisivo. En este punto, es importante notar cómo, más que el exiliado, en Doristeo habla el extranjero que se adapta a la nueva cultura, las normas, costumbres y maneras de pensar y actuar: “Si tú estás viviendo en un país —estas son discusiones que tuvimos en mi vivienda comunitaria—, si yo vengo a estudiar aquí tengo que acomodarme a esta situación. No puedo ser siempre un cuerpo extraño, o sea vas a tener problemas”. Doristeo lee y comunica su reinscripción en Alemania como un desafío de adaptación al que se enfrentó con la misma ductilidad con que lo hizo durante los años de cárcel, en medio de la dictadura.

Doristeo se presenta como una persona cuya necesidad de reflexión y creación política se adapta a las circunstancias, pero que lejos de una experiencia compartimentada, se ve tensada por el hilo de continuidad que representa la identidad política familiar. El peronismo como *identidad política transgeneracional e incluso transnacional* es la ideología polimorfa, adjetiva, heterogénea por excelencia que le permite adaptarse a la nueva cultura política, conectar con el tercermundismo dominante, sin resignar su involucramiento en las problemáticas y banderas del nacionalismo de izquierda argentino.

Doristeo experimentó el pasaje del exiliado al migrante extranjero, al adaptarse a un nuevo sistema cultural dentro del cual decidió recrear su identidad militante. Más que una identidad partidaria, ésta se define por la disposición característica del vínculo “extranjero” hacia los marginados, la del peronista con la categoría general de “los de abajo”. En una ciudad sin “villas miserias”, pero con altos niveles de personas sin techo provenientes de Europa del este y otros países, su interés social y político se ha volcado a esta población marginal que vive bajo los puentes de Berlín. Ya jubilado, se ha dedicado a entrevistar y filmar a personas que viven en la calle. Como señala Simmel, existe una complicidad tácita entre los extranjeros, los locos y los pobres, aquellos que dentro de un mismo círculo social comparten la condición objetiva de ser extraños.

La experiencia de Doristeo también nos revela que la propia identidad política pudo ser resignificada en contacto con otra matriz política y nutrirse de elementos más universalistas. Esta hibridación es el correlato ideológico de otro fenómeno intrínsecamente moderno: la *experiencia del desplazamiento* entre lugares espaciales, sociales y existenciales (Sennet, 2011). Este sentimiento permanente de “ser extranjero” en cada uno de los roles sociales

asumidos, está relacionado a los años de militancia, encarcelamiento, exilio y migración, así como sus luchas de adaptación a estas coordenadas, sin que lleguen a cristalizar en identidades rígidas.

Bibliografía

- Del Olmo Pintado, María (1999). “El exilio de la utopía: la transformación del exilio argentino en el contexto de la inmigración en España”. *Revista de Indias*, N° 59 (216).
- Catoggio, Soledad (2014). “La trama religiosa de las redes humanitarias y del activismo transnacional en las dictaduras del Cono Sur de América Latina”. En Silvina Jensen y Soledad Lastra (Edits.) *Exilios: militancia y represión. Nuevas fuentes y nuevos abordajes de los destierros de la Argentina de los años setenta*. La Plata: Edulp.
- Franco, M. (2007). Solidaridad Internacional, exilio y dictadura en torno al Mundial de 1978. En Pablo Yankelevich y Silvina Jensen (Comps.), *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura militar* (pp. 147-186). Buenos Aires: Ediciones del Zorzal.
- Gabriela Aimaretti, María (2014). “Cuarentena, exilio y regreso: viaje, memoria y transición democrática en el cine documental argentino”. *Revista Grafía*, N° 11 (1).
- García Vázquez, Cristina (2005). *Los migrantes. Otros entre nosotros*. Mendoza: EDIUNC, Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo.
- _____ (2015). “Sobre exilios y retornos, sobre padres e hijos/as. Un acercamiento al exilio de argentinos en España”. En *Actas V Jornadas de Antropología Social del Centro*, Fac. de Ciencias Sociales de la UNICEN, 1749-1770.
- Jensen, Silvina (2019). “Las otras cartas de los exiliados argentinos. Las peticiones de reingreso de los “opcionados” a la burocracia del Estado terrorista”. *Avances del Cesor V*, N° 21 (16).
- Krüger, Antje (2007). *Die argentinische Diktatur im Spiegel der ost- und westdeutschen Presse, dargestellt an der Berichterstattung über die Fußballweltmeisterschaft 1978*. [La dictadura argentina en el espejo de la prensa de Alemania del este y del oeste, a partir de la cobertura del Mundial de Fútbol de 1978] Cap. 1 y 2. Recuperado de <https://www.grin.com/document/17171>
- Sennet, Richard ([1994] 2011). *El extranjero. Dos ensayos sobre el exilio*. Barcelona: Anagrama.
- Soledad Lastra, María (2013) “¿Volver al Hogar? La experiencia del retorno de los exiliados argentinos”. *Andamios*, N° 10 (21).
- Virginia Pisarello, María (2014). Los presos políticos de la última dictadura y la opción del exilio. El caso de la cárcel de Coronda. En Silvina Jensen y Soledad Lastra (Edits.), *Exilios: Militancia y represión. Nuevas fuentes y nuevos abordajes de los destierros de la Argentina de los años setenta*. La Plata: Edulp.